



Luisa de Marillac, formadora.

En la 2ª conferencia de julio de 1660, sobre las virtudes de Luisa de Marillac, Vicente de Paúl comienza diciendo a las Hermanas:

“...Hemos visto un hermoso cuadro ante nosotros; ahora tenemos que conocerlo a fondo para poder imitarlo...”. (Confr. C.E., 2374)

Las Hermanas van describiendo la figura de Luisa de Marillac, con sus virtudes, con gran emoción. Vicente interrumpe de nuevo y dice:

“... ¡qué hermoso cuadro ha puesto Dios ante vuestros ojos...! La Señorita trataba de conformar en todo, sus acciones con las del Señor... ¡Ved qué cuadro! Procurad conformar vuestra vida con la suya”. (Confr. C.E., 2380)

Ante esta expresión repetitiva de San Vicente, vamos hoy a detenernos brevemente en un cuadro, un Mosaico-Icono, lleno de vida, que como tal, nos invita a adentrarnos en la vida de Luisa de Marillac como formadora apasionada por configurar, por conformar su vida con la de Cristo y por imbuir este espíritu en sus Hijas. Encierra gran simbolismo.

En medio de toda la representación emerge la figura de Luisa. Una gran figura con los pies en la tierra; unos pies que se funden con el color de la tierra, porque es conocedora de las miserias en las que viven los pobres; sabe que el pobre es un “lugar teológico” privilegiado en el que puede descubrir a Dios y encontrarse con Él; que Cristo se identifica con ellos.

A la vez, su figura se eleva al cielo, queriendo alzar toda la miseria hacia Dios, queriendo hacer realidad su sueño de fraternidad universal.

Su mirada es una mirada frontal, tiene los ojos muy abiertos. Es una comunicación muy directa con la persona; significa su atención a todo el ser de la persona y a todas sus necesidades.

Es una memoria viva, un eslabón entre 1623-2023 y lo que está por venir; es como el inicio en nuestro presente en la comunión de los santos.

Tras la experiencia de Pentecostés “Lumière” el 4 de junio de 1623, ser totalmente de Dios y unir su voluntad a la Suya, va ser su mayor anhelo... Su experiencia le dice que todo un camino se abre ante ella; un camino que hay que recorrer en progresión y avance continuos; camino que exige una gran vida interior y una formación sólida, un caminar ininterrumpido, “tarea de toda la vida”, para ser respuesta continua a una Llamada que no cesa jamás. Y es que ¡la Caridad de Cristo le urge!

El libro abierto y dedo señalando como el Pantocrator, expresa su deseo de querer enseñar al mundo que la verdadera caridad ha de ir acompañada siempre de instrucción y de formación.

Basta hacer un recorrido por su abundante correspondencia y sus escritos para darnos cuenta que Luisa es formadora en la vida, desde la vida y para la vida. Su vida, transida por el Señor, la lleva a descubrirle presente en cada acontecimiento, en cada persona y a ayudar a las Hijas de la Caridad a realizar esa misma lectura, aun en medio de las situaciones más complejas y dolorosas.

Aprovecha absolutamente todas las situaciones y todos los momentos: conferencias, lecturas, viajes, reglamentos, envíos en misión, cartas... para hacer una profunda y reflexiva lectura del paso del Señor y para ayudar a adquirir o potenciar las cualidades y aptitudes necesarias para realizar un servicio profesional de calidad, para acrecentar la fraternidad, la pertenencia, la fidelidad, la vida de oración...

Luisa desea que las Hermanas se formen bien para realizar un servicio integral: aprender el Catecismo, aprender a leer, a sangrar, a cuidar... con ternura, delicadeza, sencillez, humildad, amor... va a ser su pasión. Discierne cada acontecimiento y la situación de cada Hermana: acompaña y reconduce con dulzura, firmeza, suavidad y cercanía. Su pasión por el Señor, la lleva a contagiarle a cuantas personas entran en contacto con ella.

Conferencias, cartas, reglamentos y otros escritos nos hablan de esa formación hecha con y desde el corazón, como nos muestra el libro abierto junto a su corazón, sostenido con delicadeza e indicando con su dedo la gran importancia de cultivar esta formación. Las tonalidades de colores y verdes llenan de esperanza.

Sería necesario hacer un recorrido por todos estos escritos para comprender la ingente labor de Luisa de Marillac como formadora.

CONCLUSIÓN

“Sois el ahora de Dios”, decía el Papa Francisco a los jóvenes en la JMJ de Panamá. Somos el ahora de Dios de aquella Compañía que el Espíritu Santo hizo entrever a Luisa en la Luz de 1623.

Vivamos, como ella, para hacer de nuestra formación un camino de configuración progresiva con Cristo: Adorador del Padre, Servidor de su designio de Amor y Evangelizador de los Pobres en este tiempo de gracia que el Señor nos regala para seguir haciendo presente su Amor en nuestro mundo, en nuestro ahora.

Sor María Cruz GUTIÉRREZ